



ZULEIMA ESTEVE

Nadie dijo que  
fuera fácil

Besties

BOOKS

Zuleima Esteve

Nadie dijo  
que  
fuera fácil

Besties  
BOOKS

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Zuleima Esteve, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-270-5158-4

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.607-2023

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:

[sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

14 de febrero de 2012

Querido diario:

¡¡¡Hoy es San Valentín!!!

Mis padres no creen en San Valentín. Según ellos, es una festividad comercial para que la gente compre regalos absurdos. Olivia, mi mejor amiga, tampoco. Es más, ella dice que el amor es tonto y no tiene sentido.

A mí, en cambio, me encanta este día. Es la oportunidad perfecta para decirle al chico que te gusta lo que sientes por él. Claro que, en mi caso, no es tan fácil... Si fuera un compañero de clase, lo haría sin ninguna duda. Iría y le diría que me gusta, o le escribiría una carta. Sí, algo así.

El problema es que el chico que me gusta ni siquiera me mira. Principalmente, porque es el hermano de mi mejor amiga, tiene veintiún años y está en la universidad. ¿Quién se envía cartas de amor en la universidad?

Además, tiene novia. Novia oficial. Sabrina, se llama, y me cae bien porque es bastante simpática.

Él tampoco cree en San Valentín. Nos lo dijo ayer, a Liv y a mí, mientras jugaba al Sing Star con sus amigos. ¿Puede cantar peor? ¡Y baila fatal! Pero qué divertido es... Siempre está sonriendo y haciéndole bromas a todo el mundo. Es uno de esos chicos que lleva la alegría por bandera y a mí, sinceramente, me encanta.

*Yo, en secreto, le he dejado una nota dentro de la mochila que lleva a clase. La he escrito en mayúsculas, sin firma, para que nunca se entere de que he sido yo. De hecho, seguramente piense que ha sido una chica de su clase y no quiero ni imaginarme el problema que pueda suponerle con Sabrina. Pero es que, en serio, necesitaba decirle lo mucho que significa para mí.*

*La tarjeta decía algo como: NUNCA DEJES DE SONREÍR PORQUE TU SONRISA ILUMINA EL MUNDO. Lo he sacado de Internet, obviamente. ¿Suena muy ridículo? Sí, seguramente sí. Pero no me importa.*

*Diez años después*

¡Vas a flipar con lo que tengo que contarte!

¡Desembucha!

Mi hermano... está aquí.

¿Aquí dónde?

¿En España?

Mejor.

En mi pueblo.

¿¿¿QUÉÉÉ???

JAJAJA.

Sí, lo que lees.

Se va a quedar aquí todo el verano.

¡Qué va!

¿Qué dices?

¿Me estás vacilando?

JAJAJA.

Que no, en serio, que es verdad.

Si quieres le digo que te mande un audio...

Sí, hazlo por favor.  
Quiero un audio con la voz de tu  
hermano... Igual me la pongo  
de tono de llamada.

Te pasas tía, que es mi hermano... jajaja.

Entonces, ¿va a estar en tu  
casa cuando yo vaya?

Yessss baby!!

Por cierto, ¿cuándo vienes?

El lunes en teoría...  
Pero creo que mañana ya me tienes ahí.

JAJAJA.

Really?

¡Estás loca, Abby!

Hace diez años que no lo veo...  
¿Qué esperas, Liv?

## Con moños y a lo loco

**O**livia Montgomery, segunda hija de Gabriel Montgomery y primera de Margarita Paz, miró a su hermano con el ceño fruncido.

—¿En serio? ¿Acabas de llegar y ya te vas?

Dylan, con el rostro sombrío, se pasó la mano por la nuca.

—Va, Liv, no te enfades. Hace mucho que no veo a los chicos y me apetece salir con ellos. Lo necesito. —Echó un rápido vistazo a la pantalla del móvil—. Te prometo que mañana me tienes todo el día para ti. —Le dio un beso en la mejilla y gritó—. Mamá, me voy.

—¿No vienes a cenar? —se escuchó una voz desde la parte de arriba de la casa.

—¡No!

—¿Y a dormir?

—No lo sé, depende de lo que se alargue la noche. —Cogió una camiseta arrugada de la secadora y se la puso.

Dylan llevaba más de nueve años sin pisar el pueblo. De hecho, desde que se quedó a vivir en California casi no había pisado ni la ciudad, solo por Navidad o alguna otra fecha señalada, y Olivia, que lo echaba de menos constantemente, estaba plétórica de felicidad al saber que lo tendría todo el verano con ella.

Olivia amaba a su hermano, lo amaba desde que abrió los ojos y lo vio sosteniéndola en sus pequeños bracitos y haciéndole carantoñas. No importaba que solamente fueran hermanos por parte de padre. Ella ni lo sentía ni lo veía así.

La mamá de Dylan falleció cuando él tenía cinco añitos dejando a un hombre y a un niño con el corazón a pedacitos. Tres años después, Gabriel conoció a Margarita y se enamoraron locamente, tanto que se casaron lo más rápido posible, y como resultado tuvieron a la pequeña y adorable Olivia, de ojos grises y pelo negro, muy negro.

Margarita, que crio y cuidó a Dylan como si fuera propio, nunca hizo distinción entre ambos hijos. Así que, para Olivia, Dylan era su hermano en todos los sentidos y odiaba verlo tan serio y tan amargado... Dylan había dejado de ser la alegría de la huerta para convertirse en un aburrido hombre de negocios; el trabajo era lo único que parecía captar el interés de su hermano últimamente.

Todo por culpa de la estirada esa que tenía por novia y que lo había mangoneado prácticamente desde que se conocieron. Aj, cómo la odiaba.

—Bueno, está bien. Vete con ellos —lo siguió hasta la entrada—. Pero mañana disfrutaremos juntos de una fantástica sesión de *Pequeñas mentirosas* mientras comemos palomitas dulces.

Dylan se guardó las llaves en el bolsillo trasero del pantalón y la miró horrorizado.

—Ni de coña.

Abrió la puerta de la calle y se dio de bruces con ella.

Con Abby.

La mejor amiga de Olivia.

Iba tan guapa como siempre. Porque, a pesar de ser una chica pequeña, era lo que todos los tíos llamaban «una tía buena». En serio, Olivia había tenido que convivir con ese calificativo dirigido a su amiga durante una década.

Llevaba dos moños, unas gafas de gato rosa fucsia y unos pendientes con forma de pluma de color berenjena. En la mano derecha sujetaba una maleta más grande que ella y en la izquierda un transportín, en el que seguramente estaba Aprendiz.

Cualquier otro chico, al reparar en la presencia de Abby, habría sonreído. Incluso hubiera soltado algún comentario absurdo para hacerla reír. Pero Dylan no. Su hermano, sin dirigirle más que un simple y llano «hola», la rodeó y se marchó.

—Yo también me alegro de verte —le gritó Abby para llamar su atención.

No lo consiguió.

¡Qué desilusión!

Tantos años esperando ese momento, tantas noches imaginando cómo sería su reencuentro con él... y había sido completamente decepcionante.

Ni siquiera la había mirado.

O bueno sí, un milisegundo, hasta que la reconoció. Después, su rostro se volvió inexpresivo y sus ojos, tan rasgados, grises y sexis como los recordaba, volvieron a mirarla como antaño. Para Dylan, Abby siempre había sido la mejor amiga de su hermana pequeña.

«Una hermana más».

¡Mierda!

Abby no quería seguir pareciendo una niña ante sus ojos.

Había imaginado tantas posibles situaciones para cuando volvieran a verse... Por ejemplo, le encantaba pensar que Dylan y ella tendrían un encuentro propio de las telenovelas, que él la miraría como los galanes miran por primera vez a sus protagonistas. Así, a cámara lenta, descubriendo que Abby había dejado de ser una nena para convertirse en toda una mujer.

Pero no.

Porque la vida no era una telenovela y, si lo fuera, Abby no sería la protagonista, la que sin hacer absolutamente nada robaba el corazón del chico, sino la que se escondía tras la cortina para espiar al hombre de sus sueños, la que se dejaba la piel tratando de conquistarlo.

—Déjalo —interrumpió sus pensamientos Olivia—. No te habrá reconocido.

—Oh, sí, claro que me ha reconocido. —Saludó a su amiga con un abrazo y un beso y le tendió el trasportín de Aprendiz—. Pero creo que le sigo pareciendo igual de insignificante.

—No creo que sea eso —Olivia rio y negó con la cabeza meciendo esa melena larga y brillante que tenía—. Solo que mi hermano ha cambiado mucho. Parece que ya no le importa nada ni nadie.

—¡Qué idiota! —gruñó Abby, refiriéndose a Gala, la exprometida de Dylan—. Todavía no entiendo cómo ha sido capaz de dejarlo plantado y largarse..., con lo perfecto que es. —Suspiró.

Olivia puso los ojos en blanco.

—Dylan es todo menos perfecto, Abby —le aseguró su amiga—. Pero sí, te juro que, si pudiera, le arrancaría el pelo a esa imbécil mechón a mechón. Si lo vieras, Abby, está tan mustio, tan apagado... No sé muy bien qué hacer.

Abby siguió a Olivia a la cocina, donde abrió el trasportín y soltó a Aprendiz para que pudiera trotar libre por la casa. Aprendiz era uno de los tres perros de Abby, quien amaba a los animales casi más que a sí misma y lo había rescatado tres años atrás de un bruto explotador. El pobre, que era un bichón maltés, había perdido una oreja y estaba cojito de una pata, pero Abby le había dado tanto amor que el perro era inmensamente feliz.

En casa de Olivia ya lo conocían, lo adoraban, y por eso le permitían llevarlo con ella siempre que iba a visitarlos al campo. Aprendiz era uno más de la familia Montgomery, especialmente para Gabriel, que, aunque solía quejarse de que el perro no dejaba de morderle los tobillos, lo tenía encima a todas horas.

—Tu hermano necesita olvidarse de la ridícula esa.

—Sí, pero no creo que eso sea tan fácil. Creo que todavía la quiere.

Abby resopló.

—¡Qué suerte tienen algunas!

Dylan había vuelto más guapo de lo que se fue, si eso era posible. Había crecido, estaba más alto, más grande, más hombre. Seguía teniendo el pelo tan negro como el carbón, propio de la familia Montgomery, y los ojos como una tormenta de verano.

Aunque Olivia tenía razón, estos habían perdido brillo.

—Tenemos que hacer algo, Liv.

—Algo cómo qué.

Abby se encogió de hombros. Se le ocurrían un millón de cosas. Entre ellas, hacerle reír, mucho, tanto que se olvidara de todo lo que había dejado atrás.

Entonces lo vio todo claro.

—Tenemos que hacer que sea un verano inolvidable, que no le dé tiempo a pensar en California, ni en ella, ni en nada más.

Olivia, que se había levantado a coger helados del congelador, la miró por encima del hombro.

—Sí, claro, como si entretener a un tío de treinta y un años que no tiene ningún interés en ser entretenido por su hermana pequeña fuera así de simple.

Olivia regresó a la mesa con un helado para cada una.

—No, seguramente no quiere que tú le entretengas, pero yo sí podría hacerlo...

—¿Tú? —Olivia frunció el ceño—. ¿Y por qué va a querer que tú lo entretengas?

—Porque estoy dispuesta a conquistarlo —aseguró Abby diciendo algo que, por supuesto, Olivia ya sabía—. No importa que no me haya hecho ni puñetero caso hace unos minutos, pienso hacer que se fije en mí. Y lo pienso lograr este verano.

Liv rio a carcajadas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó, con la boca llena de chocolate—. Para empezar, tiene diez años más que tú y para terminar, te conoce desde que íbamos con uniforme. ¿Crees que podrá verte de una manera diferente?

—Solo tiene nueve años y siete meses más que yo —puntualizó Abby, que cumpliría veintidós en septiembre—. Y espero que sí, vaya. De hecho, creo que eso va a ser lo más complicado, que él deje de verme como a una niña. Si lo logro..., lo demás está chupado.

Liv volvió a reír.

—¡Estás loca! Y, aunque no esté segura de que eso vaya a ocurrir, me va a encantar verte intentarlo.

Abby esbozó una sonrisa traviesa.

—Bueno, bueno, eso ya lo veremos.

Y así, sin más dilación, comenzó a trazar un plan perfecto para que Dylan se fijara en ella. Iba a ser una tarea difícil, pues, aunque diez años no fueran relativamente tantos, Abby apenas acababa de entrar en los veinte.